

CAPÍTULO III

LA UNIDAD ARTISTICA

Las consideraciones de la lección anterior nos dan la perspectiva y el temario de nuestro estudio: el arte cristiano de la predicación. Contemplar el arquetipo de esa obra artística, cualificada por modo eminente como cristiana de inspiración y de intención, ha de ser el punto de partida por necesidad a la vez lógica y genética. Aceptamos la autenticidad de vuestro llamado al ministerio de la predicación evangélica. Sin embargo, el mejor reactivo para comprobar el temple de esa vocación, será confrontarla con la visión integral de la obra artística realizada. El análisis de vuestro talento para acometer esa tarea, vendrá luego. La lengua española constituye el útil, la materia formal básica para vuestro trabajo. La verdad evangélica, el contenido de la experiencia cristiana, en cuanto puede alcanzar e interesar a vuestros oyentes, es el único soplo de vida para esa estructura formal. Toda nuestra obra, como predicadores, comienza con la vocación por parte de Dios y termina con su aprobación, en forma de fruto, cuando se cumple la esperanza: "En tu luz, veremos la luz". (*Salmo 36: 9*). El es Alfa y Omega de toda nuestra vida. Entre el alfa y la omega, transita nuestra existencia sostenida por la gracia de su Espíritu.

El temario de nuestro estudio, en orden de experiencia, requiere considerar primero la calidad de la estructura artística. En lugar de repasar las teorías esté-

ticas, legión y pico, resumamos en tres conceptos la calidad artística de una obra: es unidad, es relieve y es dinamismo. El artista vuelve a establecer la soberanía del cosmos sobre el caos. Cosmos es orden y belleza; la famosa unidad en la variedad de Aristóteles. Si esa unidad se logra destacando una idea, un impulso, un propósito, una forma esencial sobre detalles importantes, pero subordinados, el relieve y proporción de esta unidad será no sólo bello, sino vigoroso. La fuerza de la obra radica en su movimiento, ordenado, progresivo, acumulativo, hacia un clímax y una resolución. "Todavía no ha llegado mi hora", "La hora es llegada", "La plenitud de los tiempos", son frases que denotan la unidad, el relieve y el dinamismo de la redención cristiana. La vida de Dios, simbolizada en Jesucristo, el Señor de la historia humana, es una gigantesca creación artística.

Esas tres cualidades de toda obra artística se corresponden entre sí como en una estructura; forman una configuración completa en sí misma. Si la obra tiene unidad, y esa unidad es de índole artística, inevitablemente tendrá relieve, coherencia, subordinación. Y si reúne estas dos cualidades, las diversas partes de la obra ofrecerán ante el espectador una especie de movimiento dirigido hacia un punto, concentrado para producir un efecto; en suma, obedecerá a un dinamismo inteligente. Si tratamos cada una de estas cualidades por separado, será por imperativo de un rigor metodológico, no porque existan aisladamente.

La unidad existe sólo donde hay multiplicidad. Donde solamente existe un individuo es evidentísimo que no puede haber unidad. La unidad reside en la relación, y un individuo aislado carece de relaciones. Por

tanto, la unidad existe solamente donde hay una multiplicidad de individuos relacionados íntimamente entre sí. Hallamos un ejemplo de unidad en el concepto de un Dios trino: el Padre es la fuerza creadora, el Hijo es la fuerza redentora, el Espíritu Santo es la fuerza justificadora; los tres son un solo Dios. Otro ejemplo de unidad es la iglesia. Donde dos o más estén reunidos, cada uno de ellos es un mundo aislado, una mónada. Pero cuando en el espacio que separa esos individuos entre sí está presente el Espíritu Santo, ese Espíritu abre ventanas en la mónada, establece el vínculo de perfección, en una palabra, establece la unidad: una fe, un Señor, un bautismo, un Dios y Padre de todos (*Efesios 4:5, 6*). El bautismo es para la remisión de pecados. Remitir quiere decir enviar fuera. Remitir los pecados es una acción negativa. Con negaciones no se puede hacer ni una iglesia, ni otra cosa alguna. Nacer del agua es nacer neutro, sin pérdidas, pero tampoco sin ganancias. El bautismo es el símbolo de una restauración, de una vuelta al estado original, al comienzo. Con el bautismo sólo siguen los hombres siendo mónadas sin ventanas al exterior, pero cuando nacemos también del Espíritu, nos es impartida la fuerza creadora, el movimiento hacia afuera, hacia un punto culminante. Es ese Espíritu, presente entre los que han sido bautizados por agua, que nos convierte en iglesia, con unidad, con relieve y con movimiento.

La unidad se ofrece ante nuestra contemplación de varios modos, mencionaremos tres: la unidad estática en el espacio; la unidad orgánica, intra o extra individual; la unidad mental o funcional. La unidad en el espacio, la unidad mecánica, podemos ejemplificarla por la uni-

dad de las tablas en un barril o la de las cuentas en un collar. Las tablas se mantienen unidas por el aro de metal que las coacciona; las cuentas por el cordón de seda o metal. Muchos libros no tienen más unidad que la impartida por el cordón de la encuadernación. Esta unidad puede tener relieve. Nada impide que una de las cuentas del collar sea más grande que las otras, dispuestas las demás, a cada lado, de mayor a menor. Y sin embargo, ni esta unidad, ni este relieve, ni este movimiento, obliga a cada uno de los individuos; basta con eliminar el vínculo mecánico y la unidad se quiebra. No es una unidad interior, es una unidad exterior. No importa que los aros del barril vayan por fuera y el hilo del collar vaya por dentro; tan exterior, tan ajena al individuo es una unidad como la otra.

Un ejemplo de unidad orgánica es la de los sarmientos en la vid, la de las ramas en el árbol. Lo que imparte unidad a las distintas partes del árbol es la savia que le corre por el tronco y de la cual participan todas las ramas. Sustenta el tronco a la rama y no la rama al tronco. En la vid no hay tronco ni ramas, la vid está hecha de sarmientos. La unidad en la vid, es más parecida a la unidad del cuerpo. La unidad orgánica del cuerpo es más perfecta por una mayor dependencia de sus miembros y órganos. Si una parte del cuerpo enferma, todo el cuerpo queda afectado. Ambos ejemplos, el del árbol y el del cuerpo, han sido utilizados en el Nuevo Testamento para simbolizar la unidad del espíritu. La unidad del ejército, en el cual un jefe manda y las unidades obedecen automáticamente, es la unidad mecánica. La unidad de la madre y el niño, en que el uno depende absolutamente de la otra, es la unidad orgánica. El ni-

ño es un individuo diferente, con derechos, protegido por el estado, aunque no haya nacido aún, y, sin embargo, la unidad orgánica entre el niño nonato y la madre es tan íntima que no se puede separar el uno de la otra sin peligro de muerte para ambos.

La unidad funcional no es compulsoria, ni por compulsión mecánica ni por compulsión vital. La libertad no podrá jamás lograrse por la compulsión. La verdad cristiana liberta. Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad, y, sin embargo, esta unidad espiritual ha de lograrse, no por compulsión, sino por espontaneidad. La unidad en el sermón ha de pertenecer a este tercer tipo de unidad espiritual, intelectual, funcional. En el orden puramente físico, la unidad funcional puede ilustrarse con el motor de un vehículo mecánico. Si una parte, por pequeña que fuese, no funciona como debe, el motor es inútil, no obstante, las partes del motor entre sí no pueden unirse por una fuerza interna, vital, orgánica, ni tampoco por un recurso meramente mecánico. La unidad del motor reside en la verdad de quien lo inventó, reside en su diseño. Fué una mente libre, capacitada para actuar con libertad, la que concibió esa verdad, la diseñó, la creó y la puso a funcionar. Es una unidad de índole y de origen espiritual, mental, intelectual; en una palabra: es la unidad personal. El motor está creado a imagen del ingeniero, está creado con entera libertad. Todas sus partes han de funcionar concertadamente de una persona. Así la unidad, el relieve y el movimiento, de un diseño, de una verdad que residen en la mente de una persona. Así la unidad, el relieve y el movimiento de un sermón. Notadlo bien ahora, al empezar. Jamás podrá haber unidad, ni relieve, ni movimien-

to donde no existe primeramente una verdad total y completa. Hasta tanto que esa verdad no haya surgido en vuestra mente, con todos los perfiles, con todos los rasgos de su particular arquitectura, no tratéis de predicar.

Hace ya mucho tiempo un clásico latino de la oratoria expresó nítidamente este fenómeno en la fórmula siguiente: *Rem tene, verba sequentur*. (Posee la idea, las palabras siguen). Quien tiene ideas claras encontrará la cabal expresión. No creáis a nadie que os diga: "Sé lo que quiero decir, pero no me salen las palabras". Toda persona que sepa lo que quiere decir, que tiene idea de lo que quiere decir, no podrá tener esa idea si no la piensa en el léxico materno. Pensar es hablar mentalmente. Quien tiene ideas, inevitablemente tendrá palabras. La idea se esclarece y se fija solamente por la palabra. Cuando una persona dice que tiene ideas, pero no tiene palabras, la verdad es que ni tiene palabras, ni ideas, y sobre todo, tampoco tiene paciencia. El espíritu, creado a imagen de Dios, crea como Dios creó. Primero el caos, después el cosmos. Leer, meditar, anotar, vivir, tener experiencias y todo ello con la esperanza de que un día ese caos de lecturas, de anotaciones y de experiencias, se precipite, cristalizando en el fondo del espíritu una idea clara como un diamante. Entonces, sacar del fondo de la vida ese diamante, contemplarlo, pulirlo, tallarlo, recrear sus faces; luego despertar en el fondo de la conciencia de nuestros oyentes el deseo, la emulación, el ímpetu de poseer esta encantadora gema de la verdad. Lo único que puede dar unidad a nuestro mensaje es el espíritu que vuelve a crear continuamente.

Fritz Kunkel, un ilustre discípulo del psicólogo

austriaco Siegmundo Freud, ha escrito en nuestros días un comentario del libro de Mateo, desde el punto de vista de la psicología científica. El título de esta obra es *La Creación Continúa*. Y es en el espíritu humano donde con mayor ahinco la creación continúa. El buen predicador del evangelio escucha día tras día, y a veces hora tras hora, minuto tras minuto, la voz de Dios que, como en el primer día de la creación, invoca la luz y la luz se hace. Esta experiencia la expresa el Apóstol Pablo en su segunda carta a los Corintios, cuando dice: "Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo". (Cap. 4:6).

Tal vez una palabra de carácter práctico aclare lo que he venido exponiendo. Cuando empezaba mi carrera en el ministerio, todavía sin cargo pastoral alguno, me aterraba la idea de tener que predicar, domingo tras domingo, el mismo tema del evangelio. ¿Cómo sería posible estirar el tema a través de las cincuenta y pico de semanas al año? Ahora, a tantos años de distancia de aquel entonces, me pregunto, ¿cómo es posible agotar el tema del evangelio dentro de los estrechos límites de una vida humana? La vida cristiana es tan rica, tan activa, como uno de estos volcanes sudamericanos en perpetua erupción. Para no malgastar toda esta riqueza, llevad con vosotros siempre un cuadernito de anotaciones, usadlo exclusivamente para conservar aquellas ideas que se os ocurran en el diario trajín. Esas ideas irán adquiriendo ímpetu, irán esclareciéndose y profundizándose día tras día. Cuando llegue el momento, tendréis entonces materiales abundantes para poder traba-

jar con ellos la unidad, el relieve, y el movimiento de vuestro sermón. Tened paciencia, dadle tiempo a vuestro espíritu para que elabore y transforme vuestra experiencia. La verdad cristiana, "la gloria de Dios en la faz de Jesucristo", consumará el milagro de la transfiguración. Una vez más el Verbo de Dios habitará en la vida, en la experiencia humana, humillado para manifestarse en el verbo del hombre.